

Aclaración

A finales de octubre de 1996 visité la Universidad de Los Andes invitado por colegas de esa institución, con quienes mantuve varias conversaciones de carácter científico acerca de las corrientes historiográficas de nuestros respectivos países, resultando un proyecto de investigación sobre percepciones recíprocas acerca de diversos temas como Independencia, caudillismo, federalismo, etc., incluyendo la cuestión de la democracia y la Reforma Universitaria, cuyas semejanzas en los respectivos países no pueden ocultar los matices que en cada caso imponen las realidades nacionales.

En la actualidad, ciertas tendencias de política universitaria son bastante homogéneas en ambos países y en general en América Latina, tales como la promoción incentivada a la investigación, pautas normalizadas de evaluación (institucional, de la calidad de la enseñanza, de la investigación), normas de gestión universitaria según *standards* internacionales, convenios de cooperación con organismos financieros internacionales, nueva legislación que limita la autonomía, arancelamiento de los estudios de grado, etc.

Recientemente se debatía en Venezuela un anteproyecto de Ley de Educación Superior que con alrededor de 200 artículos limita en gran medida la autonomía universitaria venezolana, de manera sorprendentemente similar a la Ley aprobada por el Congreso de la República Argentina, cuyos 89 artículos reglamentan en detalle el funcionamiento de las instituciones universitarias.

También en Venezuela se proyecta habilitar a las Universidades para el cobro de aranceles, se establece la obligatoriedad de la evaluación institucional, se crea los Consejos Regionales de Educación Superior, se reemplaza el Consejo de Universidades por el Consejo Nacional de Educación Superior y otras iniciativas que coincidentemente se están incorporando a las universidades latinoamericanas.^[2]

Una mirada hacia el pasado encontrará algunas propuestas superadoras que también coincidían en varios países latinoamericanos, pero observará diferencias en cuanto a quiénes son los promotores de entonces y de ahora.

En efecto, cuestiones como democracia, cambio social e imperialismo eran temas comunes en América Latina en los años de entreguerras, siendo las aulas universitarias lugares propicios para el debate. Estos temas y otros más específicos como autonomía, gratuidad, participación estudiantil, parecían bastante difundidos en el continente, respondiendo en general a líneas programáticas de la Reforma Universitaria. La diferencia estriba en que mientras en aquel entonces esa Reforma expresaba "el nuevo espíritu" que inundaba las aulas con iniciativas progresistas, en el caso actual son los técnicos del Banco Mundial y los asesores ministeriales los que

homogeneizan las propuestas de reforma o mejor dicho, *contrarreforma*.

Ateniéndome a una investigación en curso, cuyo objeto es la visión del otro desde perspectivas historiográficas anteriores a 1940, me pareció adecuado ubicar el análisis de la cuestión en el período de entreguerras, cuando la Reforma Universitaria en la Argentina culminaba su primer impulso nacido en 1918 y en Venezuela se iniciaba una etapa cuyos protagonistas pertenecían a la llamada Generación del 28, autoconsiderada artífice de una inflexión histórica que marca la inicial gestación de la democracia moderna venezolana.

Contenido del movimiento universitario de entreguerras

En gran parte de América Latina los ecos de la Revolución Mexicana y de la Revolución Rusa se hacían oír integrándose a demandas sociales de diverso tipo, tales como las referidas a la participación política.

Mediante movimientos reivindicatorios la creciente clase media latinoamericana pugnaba por una mayor integración, alcanzando algún éxito inicial en países como Argentina, Uruguay y Chile, cuya aspiración parecía ser el horizonte democrático alcanzado por Irigoyen, Alessandri y Batlle y Ordóñez, entre otros casos.^[3]

La democratización universitaria era parte de ese horizonte, adquiriendo la autonomía universitaria y la participación estudiantil un contenido de particular significación, incluso más allá de América Latina.

En efecto, muchos años antes de su aprobación en nuestro país, la autonomía académica era reclamada desde dentro y fuera de instituciones universitarias en diversas partes del mundo, demanda estrechamente asociada a la ampliación de la participación democrática.

Así por ejemplo, la aparente apertura política y las reformas introducidas por algunos funcionarios rusos luego de los levantamientos de 1905 expresaba limitadas respuestas a demandas obreras, campesinas y de la clase media, incluyendo en este caso una relativa autonomía académica para las universidades. Al ser ésta retacéada, se produjo tres años después el lanzamiento de una importante huelga estudiantil por la defensa de la autonomía en la Universidad de San Petersburgo.^[4]

Por su lado, los liberales españoles de las últimas décadas del siglo pasado - muchos de ellos influenciados por el pensador alemán Wolfgang Krause -, tenían gran receptividad en sectores contestatarios universitarios que sustentaron principios de autonomía y que participaron en 1876 en la creación de *La Institución Libre de Enseñanza* que funcionó de manera autónoma hasta la Guerra Civil.^[5]

La influencia del krausismo en América Latina se advierte en el Batllismo y en el Irigoyenismo, dos corrientes políticas cuyos Gobiernos atendieron diligentemente la cuestión universitaria. En 1908 se dictó en Uruguay la Ley por la cual se organizó la Universidad de la República, con participación estudiantil en los Consejos de Facultad y diez años después, el Gobierno de Irigoyen aprobaba una Ley aún más avanzada para el funcionamiento de la Universidad argentina.^[6]

No sólo el krausismo, ese peculiar positivismo finisecular difundido en la Universidad de Madrid, influía en el pensamiento político y universitario latinoamericano; desde una perspectiva antipositivista también la obra de José Ortega

y Gasset era de lectura muy difundida durante el período de entreguerras.

Precisamente, el movimiento estudiantil tenía un componente antipositivista que lo hacía permeable a reflexiones humanistas que en el contexto latinoamericano se reiteraba en México, Uruguay, Argentina, Venezuela; pero no constituía una reacción ideológica homogénea que lograra generalizar influencias conceptuales, al punto que ni todos los intelectuales de filiación positivista fueron hostiles al movimiento universitario de la época, ni el antipositivismo conformaba una reacción generalizada en el movimiento universitario.^[7]

Si bien algunos contemporáneos del movimiento estudiantil hacían hincapié desde esa perspectiva, no estaban ausentes algunas situaciones coyunturales de conflicto, además de confrontaciones ideológicas. En efecto, en el caso de la Universidad Nacional de La Plata, por ejemplo, constituía una lógica reacción a la resistencia al cambio ofrecida por una institución creada precisamente al calor de la influencia positivista; en Venezuela, a que el movimiento estudiantil enfrentaba a una intelectualidad de matriz positivista que había sostenido al gomecismo.

En todos lados, los *intelectuales* de los llamados Estados Oligárquicos en mayor o menor grado eran positivistas y, en consecuencia, una propuesta alternativa a ese Estado, aún desde el más tibio reformismo, no podía compartir totalmente el mismo cuerpo de ideas, pues también en Venezuela, los positivistas dieron sustento ideológico al Estado nacional y a los gobiernos gomecistas.^[8]

En efecto, entre las últimas décadas del siglo XIX y 1935, cuando se produjo la muerte de Gómez, Venezuela había logrado su modernización contando con una intelectualidad brillante que diseñó reformas liberales sin democratizar el sistema político. Ahora, el movimiento estudiantil venezolano de la década del veinte sería génesis de una nueva propuesta modernizadora de la Venezuela petrolera, reclamando lo que el gomecismo negaba en términos políticos: libertad y democracia.^[9]

Siendo las aulas universitarias un lugar de peculiar concentración social, los hijos de la clase media venezolana combinaban allí su doble condición de jóvenes y estudiantes en la estructuración de una demanda democrática, pese a que su número fuera bajo en relación a la inmensa mayoría campesina y a que la sustentación ideológica que esgrimían fuera poco homogénea.

La Universidad Central de Venezuela, reabierto en 1922 luego de estar varios años clausurada, no era ciertamente una Universidad de masas. Asistía a ella algún retoño de las clases acomodadas que por alguna razón no había optado por estudiar en Europa y los hijos de esa pequeña pero ascendente clase media; en total, menos de quinientos jóvenes cursaban sus estudios en ese año 1928 cuando se produjeron los sucesos de la Semana del Estudiante.

Su fuerza no residía en su número, sino en que representaban una clase social que comenzaba a plantear una nueva forma de ejercicio del poder mediante la participación democrática, aunque iniciaba ese reclamo pequeño-burgués desde una posición mesiánica, tal como lo señalaban los mismos protagonistas.

El movimiento estudiantil expresaba su solidaridad con otros sectores postergados de la sociedad en general y en particular con la clase obrera, sosteniendo una expectante "alianza obrero-estudiantil", pero como en gran parte de Latinoamérica, su contenido social y la perspectiva política no trasvasaban los propios intereses de

clase, ni eran contradictorios con los mismos.

Con cánticos y estribillos más o menos ingeniosos, los estudiantes ironizaban burlonamente como una manera casi ingenua de enfrentar al gomecismo. En las bullangas de la Semana del Estudiante remedaban la dicción de Juan Vicente Gómez con la expresión *sacalapatalajá*, un emblemático grito colectivo de guerra juvenil antigomecista que Miguel Otero Silva detalla en su novela *Fiebre*.^[10]

Este y otros códigos no menos novedosos parecían darle una identidad precisa y sin embargo, ésta era aún incipiente, tal como lo era también la emergente clase media. Por ejemplo, el uso de la boina azul entre los estudiantes de Caracas tenía un significado pretendidamente antiburgués, pero en ese sentido abundaron más los símbolos que el contenido real del movimiento, por lo menos a la luz de los hechos posteriores. Incluso la interpretación multivalente del uso de boinas demuestra la diversidad de ideologías convergentes, ya que para unos era en homenaje a Unamuno, para otros en solidaridad con una reciente huelga en la región vasca, no faltando la menos comprometida de las valoraciones, al ser vinculada con antepasados de Bolívar que supuestamente habrían sido usuarios de boinas semejantes. Rómulo Betancourt entre tanto, diría que era una manera contestataria de diferenciarse de quienes usaban el más tradicional sombrero, versión muy probable y a la vez funcional a esa forma de identidad asumida por el movimiento estudiantil a nivel continental como era el de pertenecer a una Nueva Generación y en el caso de Venezuela, a la Generación del 28.

Desde la izquierda no se ha refutado el contenido pequeño burgués de este movimiento, pero se ha cuestionado su exclusividad, tal como lo demostraría la participación de trabajadores; sea por el apoyo expreso a los sucesos provocados por los estudiantes, como por huelgas propias que promovieron de manera simultánea.

“Los ideólogos de la pequeña burguesía han tratado de apoderarse de la tradición de lucha de las jornadas de febrero de 1928, como si hubiesen sido una manifestación exclusiva de las capas medias”.^[11]

También en el caso del movimiento reformista argentino de 1918 se reclama por el reconocimiento de una participación social más amplia, en particular de la clase obrera. Al respecto, Bernardo Kleiner, dirigente estudiantil comunista argentino de la primera mitad de la década del 60, decía disenter con Tulio Halperin Donghi, “quien desconoce el apoyo extrauniversitario al movimiento del 18”, afirmando por el contrario:

“El movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en Córdoba, fue apoyado por los sectores más esclarecidos de la clase obrera y del pueblo”.^[12]

La hipótesis sobre la participación de todo el pueblo en el movimiento estudiantil y la existencia de un ingrediente ideológico afín a la clase obrera revolucionaria se basa en la adhesión que produjo, así como en la participación de la izquierda y aunque ambos datos son reales, su interpretación puede ser engañosa en relación al contenido del movimiento universitario.

La adhesión al movimiento se percibe en ambos países desde una perspectiva que, aunque no es excluyente, tiene un inocultable sesgo pequeño-burgués; en Venezuela se trataba de una demanda democrática insatisfecha que afectaba una sociedad que lentamente se transformaba al ritmo de la expansión petrolera y en la

Argentina, constituía parte de un proceso democratizador iniciado con la Ley Electoral de 1912, plasmado en el triunfo del radicalismo en 1916 y complementado con la Reforma Universitaria. Por su parte, los acontecimientos de la época, incluyendo los ecos de la Reforma, se hacían oír también en Caracas, tal como lo recuerda Rómulo Betancourt:

“En alguna revista leíamos, brillándonos los ojos juveniles con la emoción de quien se asoma a un mundo inédito, las noticias de las luchas universitarias de Córdoba, de las manifestaciones callejeras de Lima, de los enérgicos inicios de la batalla que libraría Cuba contra el “machadato”. “Y fue bajo el influjo de esa inquietud insurgente que conmovía a las juventudes americanas como resolvimos organizar la Semana del Estudiante”.^[13]

En cuanto a la izquierda, ésta tenía en ese momento poco desarrollo en ambos países, siendo notoriamente incipiente en Venezuela, y aunque muchos de los jóvenes protagonistas en esos movimientos fueron referentes de los partidos que se conformaron bajo la influencia de la Revolución Rusa, otros lo fueron de los partidos políticos reformistas.^[14]

La participación de los estudiantes de la Generación del 28 junto a los comunistas duró poco; ocho meses después de los sucesos de Caracas, Salvador de la Plaza, uno de sus referentes más conocidos, publicaba en el periódico *Libertad* un editorial que titulaba “Los estudiantes venezolanos y la revolución”, donde impugnaba al movimiento estudiantil por su contenido burgués, en términos muy similares a los vertidos por la izquierda argentina en los comienzos de la década del treinta.

En definitiva, aunque muchos de los integrantes de la Generación del 28 participaron junto a referentes de las primeras organizaciones de la izquierda venezolana, como eran Salvador de la Plaza, Gustavo Machado, Pío Tamayo; el núcleo central de aquel movimiento se alejó de ellos hacia otras opciones ideológicas como el aprismo primero y luego hacia la socialdemocracia.

Este parece ser el camino recorrido por la principal de esas opciones, el Partido Acción Democrática creado en 1941, culminación de ensayos políticos anteriores como Agrupación Revolucionaria de Izquierda-ARDI (1931), Organización Venezolana-ORVE y en el mismo año (1936) el Partido Democrático Nacional donde volvieron a coincidir con comunistas y otras filiaciones ideológicas que se apartan al poco tiempo, siendo esta estructura política el antecedente más inmediato de Acción Democrática, que se constituye en 1941.

Varios protagonistas del movimiento estudiantil del 28 tentaron nuevas experiencias enrolándose en alguna de las tradicionales revueltas, pero al fracasar tuvieron la oportunidad histórica de encauzarse en la lucha política. Esta tentación no fue privativa de los estudiantes venezolanos; también en la Argentina parte de la dirigencia fue utilizada en el Golpe de Estado de 1930 y luego por los opositores al régimen, pero a diferencia de este caso, en Venezuela optaron por generar alternativas, deslindando ideologías al crear los nuevos partidos políticos alcanzando así la postergada modernización de Venezuela.

El Gobierno de Juan Vicente Gómez levantaba una valla a las pretensiones democratizantes de la clase media, siendo los jóvenes estudiantes de Caracas -la autodenominada Generación del 28- los que expresaron cabalmente esas demandas y la voluntad de arrasar con ella, alentados por experiencias latinoamericanas que creían afines, tales como el de la Reforma Universitaria Argentina.

En la Argentina, el estudiantado registra antecedentes de lucha por reivindicaciones propias mucho antes de crearse la Federación Universitaria Argentina en 1918, siendo bastante conocida la llamada *crisis universitaria de 1871* y el "Movimiento 13 de diciembre" creado como reacción estudiantil ante el suicidio de un alumno de Derecho que había resultado reprobado, planteándose demandas como la gratuidad de la enseñanza y la autonomía.^[15]

Al respecto, vale la pena recordar que el Proyecto de Ley presentado en 1883 por Nicolás Avellaneda -Senador y Rector de la Universidad de Buenos Aires-, tenía la sencillez de un texto breve con sólo cuatro artículos y la intencionalidad de su autor de "constituir bajo cierta *autonomía* al régimen de nuestras universidades".^[16]

El debate parlamentario giraba en torno a un aspecto de la autonomía, tal como era la designación de profesores por concurso y su participación en las decisiones de las Facultades, pero al pasar a Diputados el Proyecto sufrió tantas modificaciones que el espíritu autonomista quedó totalmente frustrado, dejando pendiente dicha cuestión al Movimiento Reformista de 1918.

Entre ese año y la finalización del Gobierno de Irigoyen (1916-1922) se modificaron los Estatutos universitarios, alcanzando los objetivos reformistas más significativos, pero a partir de entonces se produjo un importante retroceso ante el avance de proyectos restrictivos que afectaron al ingreso y permanencia de los alumnos, situación que culminó al producirse el derrocamiento del segundo Gobierno de Irigoyen (1928-1930).^[17]

En Venezuela, al margen de algunas anécdotas aisladas, las primeras manifestaciones estudiantiles tuvieron lugar en 1914 ante la clausura de la Asociación General de Estudiantes de Venezuela creada pocos años antes y reconstruida en 1927 como Federación de Estudiantes de Venezuela.

Siendo Presidente de la Federación Raúl Leoni, a comienzos de 1928 se organiza la Semana del Estudiante, en conmemoración a la resistencia que un grupo de seminaristas opuso a las tropas realistas en la Guerra de Independencia, con la finalidad de recoger fondos con destino a fundar una Casa del Estudiante.

La elección de la Reina de los Estudiantes, algunos discursos de ocasión, otros de contenido contestatario y un número considerable de jóvenes movilizados en las calles de Caracas dieron motivo a Gómez para iniciar la represión.

Lograda la libertad en pocos días, luego de agitadas manifestaciones que sorprendían al gomecismo por el origen social de los revoltosos, los intentos de sumarse más tarde a una sublevación palaciega, la cárcel para unos y el exilio para otros, fogearon el inicio de esta "generación", retoños de una dirigencia de nuevo cuño.

Varios de estos jóvenes veinteañeros se destacaron en las dos actividades

que consideraron de mayor estima: la producción literaria y la actividad política. Junto a muchos otros, entre los primeros puede citarse a Miguel Otero Silva, autor de novelas como *Fiebre* en la cual desde la cárcel narra los acontecimientos del 28 y a Joaquín Gabaldón Márquez, autor de *La lucha de las generaciones en 1928*, escrito en aquel año y exhumado tres décadas después. Entre los políticos la lista es también numerosa, dos Presidentes de la Nación tuvieron participación destacada. Uno, Raúl Leoni, el ya mencionado Presidente de la Federación de Estudiantes de Venezuela; otro, sin duda el de mayor impacto dentro de la historia política venezolana, Rómulo Betancourt, autor de numerosos panfletos y artículos periodísticos en aquellos años y otros posteriores, así como de *Venezuela. Política y petróleo*, su obra más conocida, publicada en 1956.^[18]

La Generación del 28 se sentía protagonista de un nuevo momento histórico, en el cual debía cumplir una misión salvadora y generadora a la vez de la nueva Venezuela, actitud mesiánica compartida por muchos de ellos que se reconocían seguidores de José Ortega y Gasset.

El pensador español brindaba en las páginas de *El tema de nuestro tiempo* buenos argumentos a sus jóvenes lectores que encontraban allí la mejor respuesta a una vocación mesiánica que creían le pertenecía a su propia Generación, como lo indicaran Julio V. González en la Argentina o Joaquín Gabaldón Márquez en Venezuela.^[19]

En gran medida, estas lecturas resultaban funcionales a una cierta reacción antipositivista que, como ya se dijo, era común al movimiento universitario latinoamericano, pero Ortega y Gasset no pudo impedir que se le hicieran fuertes críticas a muchas de sus apreciaciones en ambos países, no siendo ajeno a esto el sesgo reaccionario adoptado por el pensador español en la década del treinta.

Como lo ha indicado Manuel Caballero, la Generación del 28 no fue llamada así por la posteridad, sino que sus mismos integrantes se denominaron así. Convencidos de que les tocaba vivir un momento histórico que les asignaba un rol decisivo para el futuro de Venezuela, sepultureros de una barbarie que subsistía a manos de caudillos.^[20]

En enero de 1928, es decir un mes antes de los sucesos estudiantiles, Joaquín Gabaldón Márquez escribió "Lucha de las generaciones en 1928" que como ya se mencionó guardó sin publicar hasta 1958. En este artículo describía a su generación como una de las inflexiones de la historia venezolana, con conceptos que textualmente tomaba de la obra de Ortega y Gasset, repitiéndolos dos años más tarde en el "Enlace de las generaciones", su *Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia*:

"Aquel grupo juvenil llegaba a la frágil palestra de nuestra historia social movido por tendencias que, si bien se diseñaron apenas vagamente en los primeros momentos, parece como que estaban llamadas a hacerse cada vez más definidas y vigorosas, hasta poder calificarse, a la larga de portadores de la nueva sensibilidad vital, que ya hemos nombrado, tomándola de labios de Ortega y Gasset. (...) Una nueva sensibilidad vital, y con ella, una generación nueva, había aparecido en el escenario de la historia de nuestro país."^[21]

La situaciones políticas en Argentina y Venezuela diferían notablemente y en consecuencia también el contenido programático de cada movimiento estudiantil,

pese a ser ambos receptivos a corrientes similares del pensamiento.

Esas diferencias son esencialmente verificables si se las compara sincrónicamente, pero en el transcurso del tiempo se aproximan notablemente, una vez resueltas las prioridades que inciden en esas diferencias. Un ejemplo de esto es la cuestión de la autonomía universitaria como consigna de lucha estudiantil, que mientras en la década del veinte es asunto esencial en el caso argentino, lo es mucho menos en el venezolano.

La autonomía universitaria en la Argentina recorrió un camino sinuoso desde su explícita inclusión en la Ley de 1918 hasta la actualidad, siendo suprimida en distintos momentos de la vida política argentina, tanto en el marco de las instituciones democráticas, como de gobiernos de facto.

Algo similar ocurrió en Venezuela, pero inicialmente ambos contextos diferían notablemente, pues la situación del movimiento estudiantil venezolano durante los Gobiernos dominados por Juan Vicente Gómez entre 1908 y-1935 no sólo la democracia estaba ausente, sino que la propia política en sentido estricto estaba por construirse y es precisamente la llamada Generación del 28 la que funda la política moderna venezolana.

La lucha contra el gomecismo incluía necesariamente la lucha contra toda continuidad de esa manera de ejercicio del poder que se les antojaba *caudillista*, pues se trataba de sustituirla con "una democracia decente, distinta de esta democracia a ultranza de hoy", tal como Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva afirmaron en el célebre panfleto *En las huellas de la pezuña* que redactaron en 1929.^[22]

Consecuentemente, la autonomía universitaria no constituía una prioridad en las demandas programáticas de aquellos jóvenes, ni resultaba mínimamente viable en las condiciones existentes en ese entonces, siendo aprobada mucho después en condiciones políticas más favorables; consignada por la Junta de Gobierno Provisional de 1946 y establecida en la Ley de Educación Nacional promulgada al año siguiente.

Los gobiernos de fuerza que se sucedieron luego de 1948 y culminaron con la dictadura de Marcos Pérez Jiménez terminaron con esa autonomía, pero ahora constituía sí una demanda democrática específica para el movimiento estudiantil venezolano. La lucha por la autonomía fue parte de las luchas políticas hasta el derrocamiento de Pérez Jiménez en 1958, sancionándose ese mismo año una nueva Ley Universitaria que la restituyó.

La autonomía universitaria constituyó una reivindicación académica que estuvo en general vinculada a otras de carácter político, tal como la ampliación de la participación democrática y que tuvo una particular significación en el contexto de la época, tal como sucedió en América Latina en las primeras décadas del siglo.

Constituía, de esta manera, una propuesta programática avanzada dentro de una demanda más abarcadora como era el de la ampliación democrática en general, siendo de substanciación más temprana en países como la Argentina y de manera más tardía en otros como Venezuela.

Conclusiones

En la Argentina, el movimiento universitario se desarrolla en el marco del proceso de democratización del sistema político, por lo cual la autonomía, el cogobierno y la periodicidad de las Cátedras constituye un componente de ese proceso más abarcador, en parte ya alcanzado, en cuyo contexto la existencia de partidos políticos modernos hacía viable una confrontación ideológica relativamente madura.

En Caracas, la juventud universitaria recibía los ecos de la Reforma pero los asimilaba en clave venezolana, según las prioridades del momento histórico. Las demandas de la pequeña burguesía encajaban perfectamente en el "espíritu de la época" y no resulta nada casual que la dirigencia de la moderna democracia venezolana y buena parte de sus intelectuales más funcionales hayan estado directa o indirectamente vinculados a lo que se llamó la Generación del 28.

Se ha enfatizado dentro del análisis, el carácter democrático pequeño-burgués del movimiento estudiantil venezolano; cuya eclosión en 1928 tenía como continente ese "espíritu nuevo" que recorría América Latina, en particular sus aulas universitarias. Aún compartiendo ese "espíritu" con sus congéneres latinoamericanos, los estudiantes venezolanos dieron a su movimiento un carácter particular, considerándose a sí mismos la generación predestinada a construir en Venezuela lo que llamaron una "democracia decente", en rigor, una simple democracia política.

NOTAS

- (*) Universidad Nacional de La Plata
Universidad Nacional de Mar del Plata
- [1] Ponencia presentada en las Jornadas Internacionales A 80 años de la Reforma Universitaria. Organizadas por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, 11 y 12 de junio de 1998.
 - [2] Afranio Mendes Catani (Org)-Políticas de Educacao Superior na América Latina no Limimnar do Século XXI. Congreso Internacional. Coordinadora Geral: Maria Do Desterro Valgueiro Diniz. Recife, 1997.
 - [3] Waldo Ansaldi-"Profetas de cambios terribles. Acerca de la debilidad de la democracia argentina, 1912-1945". En Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli, José C. Villarruel (editores)-*Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*. Editorial Biblos. Buenos Aires, 1995. Pág.23-69. Juan del Alcázar Garrido y Gonzalo Cáceres Quiero-"El proceso político chileno: de la consolidación a la crisis de la dominación oligárquica". En Nuria Tabanera, Joan del Alcázar y Gonzalo Cáceres-*Las primeras democratizaciones en América Latina. Argentina y Chile, 1880-1930* Universitat de Valencia, 1997. Pág. 89-232. Ricardo Capeletti-"Las ideas de Batlle y Ordoñez y su vigencia en el Uruguay contemporáneo". En *Primer Congreso del pensamiento político latinoamericano. 29 de junio al 2 de julio de 1983*. Ediciones del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar. Congreso de la República, Caracas, 1984. Tomo II. Volumen VII. Pág. 459-498.
 - [4] Vladimir Ilich Lenin-"El movimiento estudiantil y la situación política actual". En *Obras Completas*. Editorial Cartago. Buenos Aires, 1959. Pág. 202-207.
 - [5] Carlos M. Rama-*La crisis española del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica. 3ra edición. Madrid, 1976. (Primera edición, 1960). Pág. 64-69.

- [6] Sobre el krausismo en Uruguay y Argentina ver Ricardo Capelletti, Op Cit. y Arturo Andrés Roig-*Los krausistas argentinos*. Cajica. Puebla-México, 1969.
- [7] Ver María Caldelari y Patricia Funes-Escenas reformistas. *La Reforma Universitaria 1918-1930*. Universidad de Buenos Aires, 1997.
- [8] Jorge Bracho-*El positivismo y la enseñanza de la historia en Venezuela*. Fondo Editorial Trpykos. Caracas, 1995.
- [9] John V. Lombardi-*Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*. Editorial Crítica. Barcelona, 1985. (Primera edición en inglés 1982). Pág. 217-224.
- [10] Miguel Otero Silva tenía veinte años cuando se produjeron los acontecimientos del 28. Fiebre describe en su primera parte la vida universitaria hasta los acontecimientos del 28; en la segunda, la represión y la cárcel. Publicada en 1937, fue escrita en 1931. Cfr. Editorial Tiempo Nuevo. Caracas, 1972.
- [11] Luis Vitale-*Los precursores de la liberación nacional y social en América Latina*. Ediciones al Frente. Capital Federal, sf. Pág. 145.
- [12] Bernardo Kleiner- *20 años de movimiento estudiantil reformista. 1943-1963*. Editorial Platina. Buenos Aires, 1964. pág. 17.
- [13] Rómulo Betancourt-*Venezuela. Política y petróleo*. Editorial Senderos. 2º ed. Caracas, 1967. (Primera edición 1956). Pág. 88.
- [14] Alberto J. Pla-*La Internacional Comunista y América Latina. Sindicatos y política en Venezuela (1924-1950)*. Homo Sapiens Ediciones. Rosario, 1996. Pág. 73-106.
- [15] Jorge Reinaldo A. Vanossi-*La influencia de José Benjamín Gorostiaga en la Constitución Argentina y en su jurisprudencia*. Ediciones Panedille. Buenos Aires, 1970. Pág. 103-106.
- [16] Norberto Rodríguez Bustamante (Introducción)-*Debate parlamentario sobre la Ley Avellaneda*. Universidad de Buenos Aires, 1959. Pág. 91.
- [17] Ver AAVV-*La Reforma Universitaria 1918-1958*. Federación Universitaria Argentina. Buenos Aires, 1959.
- [18] Manuel Vicente Magallanes-*Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana*. Monte Avila Editores. Caracas, 1977. Pág. 204-217 y 229-234.
- [19] Julio V. González-*La Universidad. Teoría y acción de la reforma*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1945 y Joaquín Gabaldón Márquez- "El enlace de las generaciones". Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia. (Fragmento). Caracas, 1960. En Germán Carrera Damas (Selección, introducción e índices)-*Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*: En *Germán Carrera Damas*, pág. 181-200
- [20] *Manuel Caballero-Gómez, el tirano liberal*. Monte Avila Editores. Caracas, 1993. Del mismo autor ver "La generación del 28 y la modernización en Venezuela". En *Revista Venezolana de Ciencia Política*. Universidad de Los Andes. Nueva etapa. Nº 10. mayo-agosto 1995. 153-157.
- [21] Joaquín Gabaldón Márquez- Op cit. Pág. 189.
- [22] Reproducido en Sosa-Lengland - *Del garibaldinismo estudiantil a la izquierda criolla (1928-1935)*. Centauro. Caracas, 1981. Citado en Arturo Sosa Abascal- "La evolución de las ideas políticas originantes del proyecto político de Acción Democrática 1928-1941". En *Primer Congreso del pensamiento político latinoamericano*. Op Cit. Pág. 401-457.

UNIVERSIDADES POPULARES O REFORMA UNIVERSITARIA: UNA DISYUNTIVA DE CLASE.

Edelmiro Alejandro Busto (*)

La nueva universidad a la que todos aspiramos, el hombre libre. cuya existencia queremos hacer realidad sobre la tierra exigen como condición primera la transformación radical de esa sociedad sin alma.
Aníbal Ponce. 1935

Luego de 80 años del inicio de la Reforma Universitaria, y hoy cuando la coyuntura por la que atraviesa la universidad es tan compleja como en el año 1918, es el momento para reflexionar sobre el movimiento reformista, sus limitaciones y sus logros, lo que nos permitirá analizar las perspectivas que se abren hoy a la universidad con las reformas que se están aplicando para que la misma se adecue a las transformaciones que se realizaron en el sistema capitalista.

A su vez este trabajo nos permitirá hacer un abordaje teórico poco usual en estos tiempos ya que pareciera que desde la caída de "socialismo real", las categorías de análisis marxistas no son válidas para comprender los cambios que se producen en la sociedad. Para este propósito utilizaremos las categorías analíticas de Gramsci de "hegemonía" y "el rol de los intelectuales" en el contexto de la lucha de clase, lo que nos permitirá tener una real dimensión del alcance de la reforma y el movimiento reformista, cuyas limitaciones son las limitaciones de las reformas llevadas a cabo por la burguesía en su búsqueda de construir una hegemonía que le permita adormecer la lucha de clases. El segundo propósito de este trabajo es reflexionar sobre el marxismo latinoamericano, donde se puede distinguir dos posiciones muy diferenciadas, la primera regida por el pragmatismo político de los Partidos Comunistas latinoamericanos, que adecuaron siempre sus políticas a la voluntad de la U.R.R.S. y su política exterior, lo que los llevó a estar siempre a contramano de la realidad de América Latina. La segunda corriente que analizaremos, es la vertiente que durante muchos años estuvo "maldita" por el dogmatismo stalinista latinoamericano, por no subordinarse a la U.R.R.S., pues su trabajo consistió en adecuar la teoría marxista a la realidad de Latinoamérica.

De la primera corriente trabajaremos con Héctor Agosti, mientras que la corriente que representa al marxismo vivo, no fosilizado estará representada por tres de sus más importantes teóricos; José C. Mariátegui, José A. Mella y Aníbal Ponce.

En busca de una hegemonía perdida

El régimen oligárquico comenzó a perder consenso rápidamente en la primera década de este siglo, a los reclamos de los sectores medios por una mayor participación